

Ruptura

--Bueno, qué me dice usted: ¿romperemos?

--Hombre, si he de decirle la verdad, lo de la ruptura me parece ya algo así como el abaratamiento del pescado y el mejoramiento de la movilización: una "patilla" nacional. Además, fiambre, muy fiambre.

--Nunca es tarde...

--Sí, señor; algunas veces es tarde. Si un individuo tiene que tomar una resolución en un asunto que no le incumbe sino a él, podrá tomarse, para pensarlo, todo el tiempo que quiera: un mes o un año. Pero si un gobierno -- advierta usted que no digo un pueblo -- tiene que hacer lo mismo en algo que interesa no sólo al país que dirige sino que también a otros países, y ese asunto es ya no un asunto de índole interna y de carácter económico o sanitario sino que uno de índole internacional y de carácter principalmente moral, entonces no tendrá, para decidirse, sino un plazo prudencial. Pasado ese plazo -- y en este caso el plazo está reque-te-contra pasado --, cualquiera decisión que tome, sea a favor, sea en contra de ese asunto, parecerá absolutamente fiambre y se prestará a los más hirientes y humillantes comentarios dirigidos no sólo al gobierno sino que también al pueblo que ese gobierno dirige. Y es esto último lo que me duele.

--Sin embargo, no es tan fácil decidirse; hay graves intereses de por medio.

--Eso es lo terrible, amigo mío: los intereses. En cuestiones morales los intereses son como una babosa sobre una flor; la afean y la destruyen. Yo no digo que debemos romper ni que no debemos romper. Supongo que usted no viene a "plebiscitarme". Lo que digo es que el gobierno debería haber tomado ya una resolución: sí o no. Recuerde usted el refrán que dice: "más vale ponerse una vez amarillo que ciento colorado".

--Usted preferirá lo amarillo.

--Sí. En los asuntos morales prefiero ese color. M. Rojas